

ENTRE LA DIALÉCTICA Y LA RETÓRICA.

El impacto de la revolución tecnológica en la globalización es, sin duda, uno de los mayores prodigios a los que asistimos durante el primer cuarto del siglo XXI. Impacto, que no sólo ha cambiado los usos y costumbres del planeta a una velocidad acelerada; sino que, además, nos ha situado de lleno en la conciencia de ser parte de un continuo temporal, que nos obliga a interpelarnos sobre qué somos y hacia dónde vamos; y en una mirada retrospectiva, a reconocernos con relación a qué hemos sido y de dónde venimos. Ello nos ha compelido a incorporar una *vox temporare*, que es decir, una forma de entender lo que ha sido, lo que es y lo que será, refiriendo a una forma de pensar los eventos en atención al tiempo en que ellos fueron, son y serán vividos. Liberados de ucronías, *pars pro toto* y contrafactuales, la *vox temporare* refiere a un esquema cognitivo que considera en un acto mental único y simultáneo, los eventos a partir de la temporalidad en que ocurrieron, ocurren u ocurrirán; y lo hace ya sea en su *diacronía* -como continuo de cadenas temporales-, ya en su *sincronía* -como parte de un ahí y entonces-, e implica un entendimiento dinámico de la continuidad histórica y, estático de ciertos momentos específicos de nuestra historia.

Una *vox temporare* que, referida al pasado, permita distinguir entre lo real, lo interpretativo, lo conjetural y lo literario tanto para la historia como para la ciencia, precisando reconocer datos duros, reconstrucciones fidedignas, sujeciones a criterios realistas, juicios desideologizados y desinteresados, y consenso definitorio. Condiciones, sin duda, alcanzadas en determinados módulos de cada disciplina científica -que generalmente se entienden como descubrimientos, alcanzando consenso universal-, a diferencia de muchos otros módulos en que tales condiciones rara vez son alcanzadas, tal como lo testimonia el número y alcances de los desacuerdos existentes entre historiadores, entre científicos, entre pensadores y entre las diferentes versiones de conocimientos alcanzados. Sobre esto último, no es de sorprender la invención de un concepto como el de los Multiversos para permitir que coexistan un conjunto de modelos, cuyas solas existencias testimonian la dificultad de alcanzar conocimientos ciertos en determinadas materias en un momento dado y/o que se orientan a hacer de un conocimiento parcial una totalidad en el mejor de los casos, de mano del consenso de grupos afines a esas ideas como si ello configurase saber, o un instrumento de hegemonía, en el peor.

Sobre lo porvenir -cuyo límite de conocimiento para la *vox temporare*, es la predictibilidad y la proyección-*ad-portas* de la IV Revolución industrial, avizoramos tanto buenos presagios, augurios y designios como incertezas. Vislumbramos tras lo primero, promesas de libertad, de bienestar, de mejor calidad de vida, de existencia por sobre la sobrevivencia y de construcción de un mundo homogéneo organizado sobre la base de derechos humanos universales; y sobre lo segundo, el riesgo inminente de la destrucción de un planeta que crece exponencialmente, un crecimiento informe y acéfalo de información vía internet, la presencia de algoritmos incontrolables de manipulación conductual, la instrumentalización de la información al servicio de propósitos espurios, y en su más agorera predicción el encuentro con lo más de bestial e irracional de la raza humana de mano de líderes autócratas y/o populistas sustentados en la seducción, la manipulación, el engaño y la violencia.

Y es que el acceso a los ingentes volúmenes de información -constituidas por miles y variadas palabras existente en la actualidad es una promesa y también una amenaza. Promesa porque intuimos en ello unidades y fragmentos de Verdad, y sólo la Verdad, produce una aloplasticidad consistente, duradera y definitiva; y amenaza, porque nuestra historia nos señala que como nada, la información, es el material por antonomasia sobre el cual se construye el artificio, la ilusión y el engaño.

“Insisto: a palabras. Todo resumido a nombrar, llamar, escribir o hablar para que sea posible, para, a fin de cuentas, existir. Y qué más da si es la selva, un bosque entero acurrucando a sus

muertos, o un pájaro alimentando a sus crías en un árbol que hace mucho que dejó de existir. Hay elementos a los que nunca podremos domar, ni pedirles explicaciones: solo nos queda el juego del lenguaje para rodearlos e intentar una vez más, darles un sentido.” (María Sánchez, 2017, poetisa cordobesa)

Difícil es negar que una de las funciones primarias del lenguaje sea, por un lado, nominar las cosas del mundo externo, y por otro, comunicar lo que cada sujeto siente en su propia mismidad. Primaria distinción, que nos lleva a diferenciar entre lo literal y lo expresivo, aunque a poco andar el tema se nos complejizará al abordar el acto de denotar y connotar como una otra dimensión, para luego intentar distinguir aquello que es verdadero de lo falso, y en base a esas distinciones entender las nociones del Bien y del Mal.

Un pensamiento tetralógico y el artefacto Bioanalítico de lo *invariante, lo evolutivo y lo circunstancial*, nos remite a lo invariante de esta primigenia antinomia del Bien y el Mal, que materializamos plástica y utraquísticamente en la antípoda de un primate mirando el fuego intentando determinar su naturaleza y un humano mirando, manipulando su teléfono celular; y desde esta imagen nos preguntamos por la función de la naturaleza del lenguaje que los constituye, y reflexionamos sobre este continuo temporal de lo que fue, lo que es y lo que será.

Lo primero que sorprende una vez dejado atrás el dominio de las protolenguas es constatar que una de las más capitales divisiones surgidas en torno a las funciones primigenias del lenguaje ha sido la distinción entre la Dialéctica y la Retórica. La primera entendida en su sentido original como un método de razonamiento -el “arte de dos que conversan”- que implica reciprocidad, intercambio, mutualidad al servicio del “logos”, del conocer, ya sea de la cosa y el concepto, ya de los contrarios, ya del observador y lo observado, y así sucesivamente. Y a pesar de que, a poco andar la dialéctica, reciba los más variados significados, se mantendrá inalterable que tras ella siempre subyace el propósito de la búsqueda del conocimiento y la Verdad. La segunda, en tanto, refiere a un conjunto de reglas o principios que utilizados en el acto de hablar -o escribir- logren deleitar, conmover o persuadir, y si bien somos conscientes de que existen maneras más elegantes de definirlas, ya como arte o disciplina, que hablan de belleza, elocuencia, y de su estructura: *inventio, dispositio, compositio, memoria y actio*, nada de ello desmiente su propósito último, que es convencer, persuadir.

Huelga decir, que, para un pensamiento lógico-formal, la dialéctica está a la base de la Ciencia, así como la retórica lo está a la Literatura. Sin embargo, un pensamiento tetralógico que considera el valor de lo presente, lo ausente, lo simulado y lo oculto; y que por ello se mueve simultáneamente entre la apariencia o lo fenoménico, y el ser o lo significado, nos remite a una perspectiva diferente en la comprensión de lenguaje, y en consecuencia de la dialéctica y la retórica.

El conocimiento científico que por definición debiera ser dialectico, en tanto un diálogo entre un científico y aquello que está por ser descubierto, de tal suerte que por esa vía se pueda descubrir la realidad; muchas más de las veces que quisiéramos, resulta ser un ejercicio retórico, y en ese sentido deviene en un invento; lo que en el mundo del discurso es un artefacto filosófico, religioso, histórico, psicológico u otro, que bajo la forma de un relato persigue el propósito de convencer a un auditorio siguiendo las reglas de la persuasión, el deleite o el sentido cognitivo, que no la razón. Que para esos efectos se construya sobre una narración lógica formal con consistencia interna, o que lo haga instrumentalizando un método como el del método científico, no hace la diferencia, pues en ambos casos es la naturaleza del discurso o del conocimiento lo que determina su carácter de científico

Una mirada con *vox temporare* nos permite constatar, cómo hemos transitado desde un reducido colectivo de miembros pertenecientes a sociedades científicas cultas que comunicaban sus trabajos mediante cartas privadas durante el siglo XVII y siguientes, al actual escenario propio del siglo XXI, cuando la producción de textos científicos alcanza una magnitud tal que subvierte todos los mecanismos que durante el siglo XX se habían constituidos para fortalecer el intercambio de producción científica: el rol de la Universidad, de las sociedades científicas, de las publicaciones y una estructura universal de criterios, procedimientos y realizaciones.

La coexistencia de genuinos esfuerzos por respetar la autoría, de abrir espacios a las comunicaciones entre científicos y especialistas, de evitar la duplicidad de información, de incorporar la Web al intercambio, transmisión y elaboración científica, de construir estructuras que disminuyan la brecha científica central y periférica, referida a diferentes culturas y países, coexiste con un exceso de producción intelectual, con la dilución de los mecanismos formales e informales de trasmisión de conocimientos, con la educación académica como modelo e inteligencia de negocios y el develamiento de la industria de producción científica vía el control de las editoriales de los derechos de autor, y la comercialización de la producción científica alcanzando por estos medios una visibilidad que hace imposible desatender sus presencias y el rol que juegan en la producción de conocimientos.

Pero esto no debiera llamar a error, ya que la historia del conocimiento desde los inicios del mundo occidental -desde los filósofos y los sofistas-, ha sido una permanente confrontación entre dialecticos y retóricos, sin que se distinguiese con toda propiedad a qué lado se encontraban unos y otros, ni cuando transitaban de una condición a otra. La tensión entre descubrimiento e invento atraviesa el desarrollo de las ciencias, los *pars pro toto*, las ucronías, y los asesinatos de imágenes sus instrumentos predilectos; los egos personales y la inteligencia de negocios sus móviles. Cuando la posverdad, surge como expresión máxima de la retórica, cuando los discursos desde los políticos, los religiosos, los comunicacionales los educacionales hasta los científicos se fundan en la lectura de lo que el otro quiere escuchar como gratificación primaria o teme escuchar como referente de lo real, y cuando ellos se prestan como herramientas para acuerdos implícitos de estrategias para arribar al poder, al reconocimiento o a la riqueza al margen de toda ética, es cuando más alerta debiéramos estar a las diferencias entre retórica y dialéctica.

En un tiempo en que el cual se revela con toda su crudeza cómo las palabras -las que en su función original eran dialéctica y por definición el vehículo hacia la Verdad- han terminado siendo el instrumento por antonomasia mediante el cual se puede fundar la distorsión deliberada de la realidad; donde se ha hecho evidente cómo el lenguaje ha coexistido desde el inicio de los tiempos junto a la tecnología armamentista como los dos mayores instrumentos hegemónicos de poder; y donde su uso se ha legitimado como Posverdad en tanto retórica para manipular y controlar la opinión pública, e influir en las actitudes humanas como mecanismo de control social, la reconsideración del Lenguaje desde una perspectiva ferenciana que comprende una *vox temporare* y un pensamiento tetralógico invita a un retorno al conocimiento y la verdad como descubrimiento de la Realidad, y a rescatar como nunca la afirmación regia de su autor “no hay un derecho superior a aquel de la verdad”.

ALSF

Volver News-9 ALSF